

fectos, escritores, pintores, marinos y astrónomos, restableciesen la perfección de las artes y las ciencias útiles. La península se inundó de libros ingleses y franceses; se miró á sus autores como los sabios del mundo; tuvieron nuestros émulos la habilidad de inspirar desprecio por la literatura española; se apoderó el mal gusto entregado á la ignorancia en todas materias, de modo que á la época de la guerra de Napoleon nos encontramos sin posesiones americanas; sin rentas; saqueadas las provincias de la península; sin marina; con un ejército triunfante sí, pero gravoso á la nación, por que no había fondos para mantenerle.

Nadie lo ignora: la nación española conservó no obstante en el fondo del corazón de sus hijos aquel eminente grado de fidelidad y de grandeza, que parece no haber concedido Dios á otras naciones. Así esta orgullosa España, que repelió con una lucha de setecientos años la dominación sarracena, ahora habiéndose adquirido la cooperación de las potencias de Europa, por hallar en los españoles un carácter firme, constante y decidido antes á perecer que á subyugarse á un extranjero, recobró su independencia nacional en el corto espacio de seis años.

Pues ahora que resta Españoles, sino re-

